

"Montiano Placeres", de Francisco Izquierdo y tenía un año menos que Tomás Morales, quien le dedicó su memorable "Himno al Volcán", leído por su autor, como es sabido, en la Fiesta del Atlante de 1920. Fue el Ateneo de La Laguna la gran creación cultural de Domingo Cabrera. En unos artículos incompletos que poseo, entre tanto papelorio, titulados "Apuntes autobiográficos", aparecidos en "La Tarde" de 1938, Rafael Arocha y Guillermo se refiere a que se juntaron "un puñado de románticos y capitaneados por Domingo Cabrera y tratamos de fundar un Ateneo", parece que se reunían en un accesorio de la calle de la Carrera. Arocha alude a la velada inicial celebrada en el Teatro Viana, presidida por don Adolfo Cabrera Pinto, y Domingo lo cuenta de manera parecida en su libro "El Verbo en Tinieblas". En 1904, Domingo, con sólo diez y ocho años, no podía presidir la naciente entidad y tuvieron "que buscar —escribe él mismo— quien rebasara los veinte años para encomendarle la presidencia, que recayó en el poeta Hernández Amador, recién llegado de Sevilla con un flamante chaquet y un enjambre de rimas que lo acreditaron como embajador de remotos países de ensueño".

Las viejas figuras eran entonces gente nacida en la década de los cincuenta del pasado siglo y aun Don Mateo Alonso del Castillo, nacido en 1847; Tabares Bartlet (1850-1921), don Patricio Estévez (1850-1926); don Antonio Zerolo (1854-1923); Cabrera Pinto (1855-1926), o don Santiago Beyro, nacido en 1859, etc.; eran los mayores, a quienes se dirigían los muchachos cuando había que hacer el discurso o la presentación inaugural, o bien poner los puntos y comas en su sitio. Fueron otros los tiempos, pero había una continuidad generacional que los hacía aparecer juntos. Nótese que Domingo los da así a todos, como puede leerse en la pág. 26 de "Huellas del Tiempo" y en la 244 de "El Verbo en Tinieblas", expresivas de un comportamiento en el trato social, hoy desaparecido por completo.

Algún joven diligente podría hacer una tesina o trabajo sobre la actuación e influencia del Ateneo lagunero en Canarias, porque en 1954 (ya estaba yo en Venezuela), cuando el Ateneo celebró su medio siglo, convocó un premio para un trabajo sobre su historia y quedó desierto; el Ateneo organizaba las famosas fiestas literarias de septiembre con carácter regional y general, ya que hubo fiestas de Las Hespérides, de los Menceyes, del Atlante, del Romanticismo, etc., y con razón decía Domingo Cabrera que fuera de las Islas se comenzó a hablar, a partir de la influencia del Ateneo, de "poetas canarios, de pintores canarios, de un arte y de una literatura canaria".

Tanto Rafael Arocha ("Ramiro"), como Domingo se refieren a la revista inicial "La Lid", en la que tal vez publicó uno de sus primeros pinitos literarios este último. Rafael Arocha escribe que "La Lid" no pasó de los seis números y Domingo cuenta con mucha gracia cómo "Los sudores de San Juan", artí-

culo de Arocha, quien había sido seminarista, acabó con la empresa de "La Lid", en aquella levítica La Laguna de 1906. Tengo el número I de "La Lid", con una esquina comida tal vez por una rata literaria lagunera, y es del 8 de junio de ese año. Un trabajito juvenil "Mundanas", del joven Domingo de 20 años, aparece allí con su firma de entonces: Carlos Cruz.

Tengo recortes de artículos de Domingo publicados en "El Progreso", de 1909, de "El Pueblo Canario", lagunero, del mismo año; de una revista, "Aguere", de 1913. En la revista "Castalia", la expresión más cabal del modernismo, ya tardío en las Islas, pues apareció en enero de 1917, un año después de la muerte del gran adalid, Rubén Darío, figura la firma de Carlos Cruz en dos relatos: "El suicidio de Juan Manuel" (en el número I) y "La Charca" (en el 3); se anunciaba la publicación de una novela: "La huella del monstruo", pero no debió publicarse, aunque mi colección de "Castalia" está incompleta. Pero fue "La Prensa", la gran obra de Leoncio Rodríguez, compañero generacional de Domingo, desde su aparición en 1910, la que recibió la asidua colaboración de nuestro llorado amigo, y luego "La Tarde". Conservo los tres estupendos artículos: "El poder de arriba", "Sigue la Dictadura" y "El caciquismo de los ineptos", aparecidos en el gran diario madrileño "El Sol", los días 18, 26 y 31 de julio de 1930, del que sólo reprodujo Domingo el primero, con alguna alteración, en "El verbo en tinieblas"; también alguno de un diario llamado "El Día", defensor de su política, por 1932, diario que cesó pronto.

Aparte su labor periodística, Domingo cultivó la novela y la narración corta en "El alma de las rocas", publicada en el núm. 1 del Cuento Regional, dirigido por aquel meteoro brillante que fue su amigo el malogrado Joaquín Estrada Pérez. "El alma de las rocas", 1909, es un relato simbólico, de tipo cosmopolita y modernista, de entrega entre la mujer, "Gloria", y el artista, que la posee y crea. "La Zarpa", de mayores logros, editada en Madrid, en 1919, tal vez tomó su título de la obra teatral de Henri Bernstein (1876-1953), representada con mucho éxito en el Madrid de 1917 y que Domingo debió conocer, aunque nada tenga que ver el argumento con su novela: "La Zarpa" es la fatalidad del atropello que, al comenzar la guerra de 1914, recibe una mujer belga por parte de un bestial oficial teutón y le impide casarse con su prometido español, empujándola a la muerte; está fechada en Igueste, pueblo natal de Domingo en el verano de 1917.

En el tomito 12 de "Novelistas canarios", una publicación quincenal que apareció en marzo de 1928, dirigida por Don Eduardo Díez del Corral, Domingo editó su novela "La Iluminada de Candelaria". Sobre un suceso que alborotó a la sociedad tinerfeña de aquellos años: una inculta vidente candelariera que "curaba" enfermedades nerviosas y hablaba en trance con el pronombre vosotros y la segunda persona del verbo en plural, algo inu-

sitado en una campesina canaria, por aquel tiempo, dio motivo a que Domingo urdiera una trama novelesca: la ilusión de la pobre criatura vidente por un apuesto joven villero, el cual cree oír la voz de su amada muerta, a través de las "visiones" de la infeliz iluminada. La prosa es ya serena, realista y el modernismo ha quedado atrás.

De la labor teatral de Domingo Cabrera, me ocuparé en el próximo artículo.

## PROSISTAS CANARIOS

# EL CASORIO

por Luis Roger

### I

El tío Juan era el hombre más bueno del mundo.

Pero tenía un defecto: que era testarudo.

A cambio del defecto el tío Juan tenía otra cosa que valía más que todos los tesoros: una muchacha de dieciocho años, gallarda y fragante como una flor de los campos, y tan bien parecida, que daba cruz y raya en guapeza a todas la muchachas de Tejina, Valle Guerra y Tacoronte.

En este último pueblo vivía el tío Juan, en una casita rodeada de laureles y castaños y bañada por el aliento balsámico de un bosque cercano.

Marcelina, la hija del tío Juan, la alegría de su hacienda, la reina de su corazón querencioso, era la única hembra de la casa. Hombres había unos cuatros, buenos zagales también y de lo mejorcito que pisaba los terrenos; pero con Marcelina no había nada más bueno a los ojos del tío Juan.

La moza, para constante resque-  
mor de su padre, tenía un novio, Eleuterio, y éste, que andaba perdido por aquella paloma turquesa, había pedido una noche su palabra de casorio.

¡Recondenada idea la de Eleuterio! ¿Pues no quería el muy jayán quedarse con aquel tesoro sin mayores trabajos?

—¡Eso sí que no!— decía el tío Juan, haciéndosele la boca hiel— ¡lo que es Luterio no se sale con la suya!

Pero Eleuterio no desistía de su atrevido intento y Marcelina también quería que aquél lograra sus deseos.

El caso, como se ve, era apurado y premioso. Los novios, que se amaban ingenuamente, cansados ya de remirarse...

—¡Sea lo que Dios quiera!—decía Eleuterio— ¡Pa la fiesta de Santa Catalina nos casamos!

¡Y Santa Catalina estaba al caer!

## II

El viejo se iba a morir de tanto berrinche.

—¡Que no y que no!— decía azotando el aire con sus tremendas manotas temblonas.

Que no te casas entoavía, Marcelina. ¡Pos no faltaba más!... ¿Dirte tú de la hacienda?... ¡Eso, en jamás, Marcelina!. ¡Que te digo que no ideyes semejante locura!

—¡Padre!—exclamaba la moza con los ojos arrasados de lágrimas!— ¡padre! que me ajorea Luterio y no quiero que el probe se desazone más... ¡Bastante que ha esperao, padre!...

—¡Que no vuelvas a mentar el casorio!—añadía el tío Juan desgarrando el corazón de la moza— ¡Que no se jable más de eso en la hacienda, y a seguir cómo hasta aquí: nosotros, los hombres, a la labranza y tú, Marcelina, a los cuidados de la familia!

—Pos padre, lo que es Marcelina se casa pa el día de la fiesta. ¡Si ya lo tenemos prometido a la Virgen!...

—Ansina te condenes no sales con la tuya, Marcelina.

—¡Padre!—volvía a añadir ésta en tono suplicante— ¡padre! que me ajoga la pena de negarle a Luterio su voluntad...

—¡Demontre de Luterio! —exclamaba el viejo— que se aspere pa más adelante. ¿No ves que eres una crianza entoavía?

—Lo que usted quiera, padre, pero yo no le digo a Luterio que aspere...

Y este diálogo se repetía diariamente, a cada hora, en el ayanto y en el trabajo. Y el tío Juan terminaba por dejar a su hija transida de dolor, en tanto abandonaba la casa y se iba cercado arriba, a suspirar donde nadie le viera...

“Luterio —pensaba el viejo en sus devaneos solitarios— Luterio no es mal muchacho; pero que aspere ¡recontra! que aspere como yo asperé... Yo sé que las mujeres son pa eso, pa casarse y pa

tener hijos que cuiden de las cabras en las cumbres y barbechen las tierras, pero no hay que ir muy de priesa pa que en vez de hijos que agencien pa la casa le salgan a uno jambres y dolores...”

Estos soliloquios, arriba en el cercado, en tranquila meditación, contribuían a robustecer la decisión del viejo.

Y, mientras, abajo en la hacienda, Marcelina se consumía pensando en su casorio...

## III

El tiempo apremiaba. La fiesta de Santa Catalina estaba próxima y tío Juan tenía que decidirse de una vez.

Marcelina se lo decía bien claro.

—¡Padre! la fiesta de Santa Catalina está al caer ¡padre! que Luterio quiere saber mi respuesta pa arreglar los papeles y hablarle al Sr. Cura.

Tío Juan, que hasta aquel entonces no había tomado la cosa tan por lo serio, comprendió que su situación era apuradísima. Si Marcelina se casaba ¡adiós alegría de la hacienda! Si no se casaba, Marcelina se moriría del disgusto, y Luterio, el probe Luterio, tendría que buscarse otra moza que le hiciera más feliz.

¡Y había que decidirse de una vez!

Tío Juan pensó entonces consultar a su compadre Liborio.

Este era hombre de su más absoluta confianza, ducho en los percances de la vida, y un abogado de sequero como ya quisieran serlo muchos de títulos académicos.

Un compadre así, de tal seguridad, iba a ser la tabla de salvación del tío Juan.

Pero el tío Liborio, contra lo que aquél se esperaba, tampoco le sirvió de nada en tal aprieto.

El compadre no quería dar su opinión.

A duras penas, y no sin grandes esfuerzos, tío Juan pudo conseguir que el compadre condensara su marrullería

en estas escuetas palabras:

Compadre, mucho le aprecio y mucho le debo desde que nos hemos conocido; pero a la verdad le digo, compadre, que en esas cosas de familia no quiero meterme. Yo, por mí ditado, añadió el compadre, esquivando su opinión concreta, tomaría un parecer con D. Pancho, el Maestro—escuela, que es hombre de mucha razón y de muchas letras.

Compadre —terminó diciendo el tío Liborio— vámonos en derechura de la casa del Maestro y a ver qué opina.

¡Si viera V. qué seguridad tengo yo en el Maestro pa estos apuros de familia!

—Pos compadre—dijo el tío Juan deseoso también de tomar el parecer de D. Pancho— lo que V. quiera, compadre.

## IV

D. Pancho, hombre de cumplidos ante todo, recibió a los compadres con ostensibles demostraciones de júbilo.

Explicáronle aquéllos el objeto de la conferencia; congratándose el Maestro de la ocasión que se le ofrecía para lucir sus retóricas y sabidurías —pues el dómine pecaba por esa idiosincrasia—; tomaron los tres asiento en sendas sillas victorieras y, tras no pocos preliminares, el maestro comenzó a desarrollar su opinión en términos tan metafísicos y tan inaccesibles para la simplicidad de los rústicos, que apenas éstos pudieron descifrar una jota del florido discurso.

—Eso del matrimonio— exclamó D. Pancho en ton enfático y echándose de hombre de muchas filosofías— es tan complejo y tan arduo problema, que todos, griegos y romanos, antiguos y modernos, hanlo considerado bajo muy distintos puntos de vista psicológicos. De un lado las palabras evangélicas “creced y multiplicaos”; de otra la voluntad humana, libre y soberana, rebelándose contra toda tutela opresora. De un lado el escepticismo; de otro el amor ¡el amor, amigos míos!. Para el



amor no hay opresiones, ni cadenas, ni temores. El águila, con ser águila, con subir tal alto, con ser tan poderosa, no ha podido evitar que aun en las cumbres donde vive haya pajaritos que dejen de quererse y de hacer el nido de sus hijos por temor a la reina de las aves. Y es que el amor tiene alas más potentes, ¡Oh, el amor, el amor, amigos míos!

Estas últimas palabras, algo que conmovieron a los rústicos; pero, por lo demás, maldita la cosa que entendieron. El maestro parece que se extremó aquel día en hacer un alarde exagerado de sus retóricas trasnochadas.

Después de otras nuevas consideraciones sobre el matrimonio, que a la obtusa inteligencia de los compadres debió parecerles muy complicadas también, ya que de ellas tampoco pudieron sacar nada en claro, despidiéronse muy agradecidos los consultores y fuéronse camino de donde salieron, devanándose los sesos con aquellas filosofías que le abejoneaban en la cabeza.

## V

Llegados a la hacienda del tío Juan, éste, que iba muy pensativo, convidó al compadre a tomar un poco de vino en su bodega.

Accedió el compadre a la convidada; entraron en la bodega, y ya se habían echado dos tragos de vino cuando de pronto se presenta Marcelina, y sin reparo del tío Liborio, a quien consideraba poco menos que de la familia, dijo muy llorosa y compungida:

¡Padre! ¡que esta noche tengo que darle la contesta a Luterio!... ¡Padre! ¡por Santa Catalina bendita!...

El viejo, con los ojos fijos en el suelo, mesándose la crespá cabellera con sus tremendas manotas temblonas, quedóse silencioso un momento, irguióse después como para quitarse de encima una gran pesadumbre, y exclamó:

—Marcelina; no quiero que haiga más lloros en la hacienda. ¡Cásate!...

La moza, enloquecida por la alegría, se arrojó en brazos de su padre y empezó a llorar, desahogando todas las penas que la estaban matando.

—¡Nada de lloriqueos!—añadió el tío Juan con la voz nublada por la emoción.

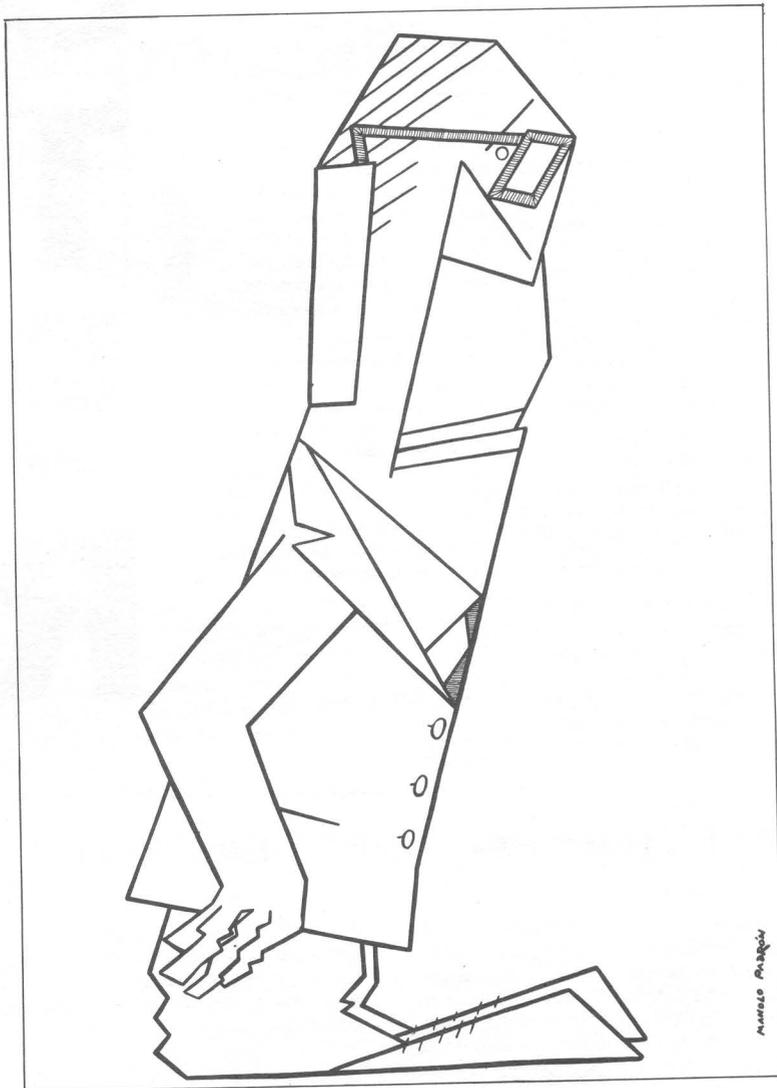
—¡Ansina me gusta!—dijo entonces el tío Liborio en funciones ya de abogado de sequero.— Si ella es gustante que se case ahora que está en su madurez.

A cada cual lo suyo. La fruta en su tempero. El casorio a su tiempo, y la vida, compadre, la vida como el gofío que comemos:

¡Con algún condumio pa que pueda pasar!...

# PERSONAS

vistas por PADRON NOBLE



## PEDRO CULLEN

Uno de los fundadores del Colegio Viera y Clavijo, de Las Palmas de Gran Canaria, y profesor de Literatura en dicho centro, don Pedro Cullen ha sido una persona volcada con saber y entusiasmo en la enseñanza durante medio siglo. Por sus clases pasaron centenares de alumnos que guardan de él y de su docencia un bonito recuerdo. Don Pedro ha realizado, asimismo, una magnífica edición del Libro de Privilegios y Reales Cédulas del antiguo Cabildo de Gran Canaria — el *Libro Rojo* —, con una excelente introducción salida de su documentada pluma, que es una verdadera historia de la isla en el siglo XVI. Tras su todavía reciente jubilación, don Pedro Cullen mantiene una ejemplar actividad, fruto de la cual es la publicación de varias Reales Cédulas no insertadas en la edición anterior, en un ejemplar editado por el Ayuntamiento en el quinto aniversario de Las Palmas.